

los ofendíeramos ni en el fondo de la conciencia. ¡Bravo!
¡Bravo!

¡Sobre todo, serían invencibles!

¿Pero no hemos puesto en fuga, mil veces, el estandarte de los clérigos?

¿Habremos derrotado al dueño de los ejércitos?

¿Somos tan fuertes, que hemos desbaratado a sablazos las legiones mismas que vencieron a Lucifer y lo arrojaron al abismo?

No nos preocupemos, señores. Si el Señor no está con nuestros enemigos, los venceremos sin cometer un sacrilegio; y si está con ellos y los dirige, no temamos los resultados, porque para defenderse de nosotros no tiene a la mano sino generales tan cobardes y tan ignorantes como Santa Ana y tan mentecatos como Zuloaga. (Bravos y aplausos).

¡Pero qué! ¿Estos frailes rapaces y estos asesinos condecorados por la Virgen de Guadalupe, lograrán imponerse en nombre de la autoridad que dicen haber recibido del cielo?

Un gobierno de Dios que tiene por cortejo a los condes y marqueses y marquesas viejas que nos quedan de la conquista; a los abogados ladrones, a las criadas de los conventos, a los frailes y sus mancebas, a los mayordomos, a los diezmeros, a los oficiales, a los ministros españoles, a los hermanos del «Niño de Atocha» y de la «Cofradía del peñate», y que por sustentar su autoridad, necesita de tropas y de tinterillos, y de periódicos y de alguaciles; es un gobierno como otro cualquiera, infecto de los vicios humanos, y destinado, como todos ellos, a derrumbarse al primer impulso de la venganza popular.» (Aplausos vivos y aclamaciones).

Este discurso corrió la suerte de todos los discursos liberales.

Fué muy aplaudido; pero casi todos los oyentes se retiraron haciendo la señal de la cruz y temblando por la suerte de un hombre que parecía haber perdido el juicio o querer hundir su alma en los profundos infiernos.

IV

La ocupación de los bienes de la Iglesia, dió al traste con el respeto que se había guardado hasta entonces.

Los revolucionarios se enteraron de que no llovía fuego del cielo y de que el diablo no tomaba parte en aquellas operaciones; y se tomaba el dinero de la Iglesia, donde se encontraba.

Los frailes también hicieron su agosto; pero, con el objeto de librar los bienes de la religión, hacían desaparecer los objetos de valor, que nunca volvieron al poder de la Iglesia.

La revolución seguía como un torrente espantoso y desbordado.

CAPITULO XV

CARLOS II EL HECHIZADO

I

Durante los primeros meses de la dominación clerical llegaron a la República dos notabilidades europeas: Villergas, el sangriento crítico español, y Landaluce, el chispeante caricaturista, y pronto fundaron en la capital un periódico titulado «Don Junipero», que por la brillantez de sus artículos y lo candente de sus caricaturas, obtuvo un éxito inmenso.

Mas no podía ser viable, en plena dictadura militar, una publicación que, sin respeto ni mesura, hería con sus tremendas críticas a los hombres prominentes de la época: el doctor Sollano y el doctor Benites, viejas lumbreras de la vieja Universidad restaurada por el Ministerio conservador, habían sido puestos en el púlori del ridículo por Villergas, que desgarró con su cortante censura dos discursos de aquellos borlados retardatarios.

Llegó su vez de entrar a la lid a Landaluce, quien insertó en el «Don Junipero» una caricatura de Zuloaga, sentado en un sillón presidencial y colocado éste sobre un castillo de barajas.

El personaje así arrojado al desprecio público, no sólo tenía un perfecto parecido con el general que traicionó a Comonfort para asaltar el Poder, sino que llevaba en las manos un distintivo que lo denunciaba y descubría su personalidad, aunque al pie de la caricatura no estuviera su nombre.

Tenía, en efecto, dicho personaje en la mano izquierda una baraja presentando un «seis de oros», pero con el índice de la mano derecha cubría uno de los «oros», con lo que el seis quedaba convertido en cinco; y sabido era que desde que el general Zuloaga fué tallador en una casa de juego, llevaba el apodo de «cinco de oros», por lo afecto que era a esa carta, cuando jugaba albuere.

Estrepitoso escándalo provocó esa caricatura en Palacio y en el acto se dió orden de prisión contra Villergas y Landaluce, que por algunos días escaparon de la policía, ocultos en la hacienda de Guicochea, donde residía Zorrilla.

Sin embargo, la profecía de «Don Junipero» se cumplió algunos meses después: el Gobierno de Zuloaga se derrumbó como un castillo de barajas.

II

Desde el triunfo de la Ciudadela, alcanzado por Osollo y Miramón, el general Zuloaga, aunque puesto como Presidente interino, hacía el papel más desgraciado.

Lo único que había hecho bien, era la comunión de Jueves Santo.

Los ministros, que eran los directores de la política conservadora, no contaban para nada con el infeliz Presidente. Si pasaba algo malo o había una disposición desacertada, todos decían que Zuloaga tenía la culpa.

Faltaban los recursos, y los generales, entre ellos Osollo y Miramón, le dirigían invectivas que él se las tragaba a costa de vivir en Palacio.

Su oficio era mandar repicar y tocar diana cuando anunciaban los reaccionarios una victoria, y eso era todos los días.

No podía disponer de un solo peso.

Se había pasado la Semana Santa en que estuvo muy ocupado en confesarse y visitar los monumentos; se había vestido mucho de general y ya no tenía a qué dedicarse.

No tenía facultad de dar un ascenso, ni nombrar un empleado, ni de opinar en la cosa pública, y en verdad que S. E. todo lo echaba a perder.

Después de las ejecuciones de Piélagos y Monayo y la muerte de Blancarte, entró Miramón a Guadalajara, perdiendo mucha de su fuerza.

Zuloaga mandó repicar y tocar diana, haciendo coro el clero de Jalisco, que en plena iglesia le cantó a Miramón este salmo:

«¡Gran Dios, a quien todo poder y dignidad, obsequia rendido! Da a este siervo tuyo, Presidente, nuestro «Miguel», próspero efecto de su dignidad, en la cual siempre te respeta y se empeña siempre en agradarte. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

Estos disparates, zurcidos por los frailes, eran la expresión religiosa de la reacción.

Avisó Miramón que había derrotado al general Degollado, y Zuloaga mandó repicar y tocar dianas.

Eran ya tantas las victorias y los repiques, que ya nadie creía en triunfos ni en batallas, porque a poco tiempo se anunciaba que ya la revolución había recuperado las plazas.

Llegaba la Navidad y ya Zuloaga se preparaba a «acostar al niño», cuando en Ayutla se pronunció el general Echagay; porque los soldados antiguos, cuando no tenían contra quién pronunciarse, lo hacían contra ellos mismos.

El plan tenía un último artículo, muy gracioso, que debía ser el primero:

«El jefe del movimiento ocupará la presidencia de la República.»

Quería decir esa cláusula:

«Me proclamo Presidente, porque yo soy el jefe del movimiento.»

Como Ayutla está a pocas leguas de la capital, Zuloaga recibió un susto tan grande, que expidió un manifiesto ge-

mebundo, y declarando en estado de sitio a la ciudad, dictó unas disposiciones que fueron recibidas a carcajadas.

Hacía cesar en sus funciones a las autoridades civiles. Declaraba conspirador, espía y trastornador del orden público, que sería juzgado y sentenciado en consejo de guerra ordinario, a todo el que directa o indirectamente auxiliara al enemigo, o de cualquier manera se comunicara con él.

Prevenía que nadie pudiera transitar en la calle después de las seis de la tarde, ni entrar ni salir de la plaza sin pasaporte firmado por la autoridad militar.

Prohibía toda reunión que pasara de cinco personas, desde las seis de la tarde hasta el otro día, con excepción de las tropas.

En caso de romperse las hostilidades, toda reunión que pasara del número señalado, sería tratada militarmente como sediciosa.

Los carruajes sólo podían transitar hasta las seis; y si no, serían también tratados como sediciosos.

Se suspendía todo toque de campana.

Al primer aviso de la autoridad, se cerraría el comercio, con excepción de los mercados y de las pulperías, que estarían abiertos tres horas.

Por supuesto que nadie obedeció al bando y todo se volvió broma.

III

Las fuerzas todas foráneas, que no estaban al mando inmediato de Miramón, todas secundaron el Plan de Navidad.

El general Robles Pezuela, que se había puesto al frente del movimiento, tomó las ínfulas de Presidente de la República, su sueño dorado.

La guarnición de la capital también se pronunció y Zuloaga se quedó estupefacto, enjaulado en Palacio, sin tener ni un conserje con quien enviar una carta.

Robles Pezuela le propuso que se fuera, y Zuloaga firmó un papasal y se marchó; pero iba tan acobardado, que sin que nadie lo persiguiera, fué a refugiarse, es decir, a pedir posada a la Legación inglesa.

Ponía su alta personalidad bajo el pabellón británico.

El Presidente y el bando quedaron derogados y en desuso.

La situación se volvió joco-seria.

Robles Pezuela, queriendo dar un golpe maestro, se dirigió a la prisión de Santiago, a poner personalmente en libertad a los presos políticos.

Aquella escena fué chistosa, porque Robles Pezuela creyó que iba a despertar un entusiasmo y que sería vitoreado por los presos.

Dirigió una especie de proclama.

Luis Picazo, que ni de viejo se le ha quitado el carácter

burlón, comenzó a «darse de codo» con Joaquín Villalobos y otros, y la risa y el sarcasmo aparecieron en todos los rostros.

Ninguno le dió las gracias; todos se apresuraron a salir; y el mismo día, y aprovechando la situación, se marcharon unos a Veracruz y otros al interior.

Tocó el turno, allá en Santiago, de poner en libertad al desgraciado arriero que había quedado en lugar de Manuel.

—Aquí está este preso político, señor general—dijo el alcaide. Y luego acercándose al oído de Robles, le dijo: —Está encargado por peligroso; no sabemos quién es; está disfrazado; creo que es un coronel.

—Compañero—le dijo Robles Pezuela—, lo reconozco a usted bajo ese disfraz; es usted un valiente.

—¿Yo?

—En vano trata usted de ocultarlo; pero ha llegado el momento de la reconciliación de los partidos: no hay que pensar sino en la felicidad de la patria. ¿Está usted de acuerdo?

—¿Yo?... Lo que diga su merced.

—Ya nos entendemos; deje usted ese traje, y póngase a sus hombros las divisas.

—¿Cuáles?

—Las mismas. Ya comprendo: usted quiere un ascenso; veremos. Señor alcaide, el señor coronel queda en libertad.

—¿Y yo, señor?

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre!—dijo Robles—Este vale mucho.

El alcaide lo puso en la calle, y el pobre arriero tomó a escape la dirección de su antiguo alojamiento, que era un mesón de la calle de Santa Ana.

IV

Zuloaga, nombrado Presidente en 22 de enero de 1858 por la indispensable «Junta de Notables», que en las revoluciones clericales sustituye a la nación, fué destituido por el motín del 24 de diciembre del mismo año, que promovió don Manuel Robles Pezuela con los jefes de la guarnición de México y que se llamó el Plan de Navidad.

Robles Pezuela, quizá el único general ilustrado con que contaba entonces el partido clerical, pues Haro estaba fuera del país, había comprendido que la reacción imperante no podía consolidarse, por haberse lanzado con sus exageraciones a un retroceso imposible, queriendo restaurar ideas añejas y restablecer el orden social del período de los virreyes.

Sonó, además, Robles Pezuela hacer una fusión con el partido liberal moderado, esperando así sofocar la revolución liberal que, poderosa con la legalidad constitucional, traía germinando en su seno la reforma.

Y para asegurar más su triunfo, intentó Robles que el Plan

de Navidad fuera secundado en otras poblaciones, especialmente en aquéllas donde había algún cuerpo de ejército; con este fin envió comisionados cerca de los gobernadores de los departamentos.

Una de esas comisiones, y la más importante, marchó para Puebla, donde gobernaba el general don Francisco Pérez, el viejo y valiente soldado que tan heroicamente se batió con los americanos en San Antonio y en el Puente de Churubusco, hasta las goteras de la capital, y después se enfrailó.

Dos diligencias ocupaban los comisionados, y entre éstos iban algunas eminencias de los conservadores, como los generales Miñón y Galindo, Almazán, que alguna vez ocupó el ministerio de Fomento, y Carlos de la Peza, el pequeño ministro de Hacienda, que durante la dictadura de Miramón, expidió los despreciados bonos que llevaron su nombre, y sobre los que se hizo el empréstito leonino de Veker, que fué uno de los factores de la intervención francesa.

V

Camino a Puebla marchaban los comisionados, llenos de halagadoras esperanzas en el triunfo del partido conservador joven, como se llamaban, cuando al cruzar las montuosas colinas que preceden al agreste y tenebroso Río Frío, comenzaron a sentir alguna inquietud al ver que no llegaba la numerosa escolta que se había previamente colocado allí para que relevara a la que atrás se había quedado.

Subían lentamente las dos diligencias por las peligrosas rampas de la montaña, perdiéndose bajo la sombra de los encinos, y los ilustres pasajeros contemplaban con terror las cruces que a cada paso surgían del suelo, recordando las escenas de sangre y pillaje que en número infinito habían tenido lugar en aquellos sitios.

De triste celebridad gozaba el pueblo de Río Frío, madriguera de bandidos que asaltaban diariamente las diligencias y a los caminantes, matando a los que hacían la menor resistencia. No había piedra de aquellos senderos, que no hubiera sido salpicada de sangre, y eran incontables las leyendas de crímenes que se relataban de aquellos contornos.

Ya era cerca del mediodía y comenzaba a verse la casa de postas del pueblo, cuando se vió flotar sobre el camino de Puebla una extensa polvareda.

—¡La escolta!—gritaron llenos de gozo los pasajeros.

—¡Los pronunciados, señores!—exclamó con voz trémula el cochero de la diligencia, que iba delante.

Indescriptible fué el terror de aquellos hombres, que por la alta posición política que ocuparon al lado de Zuloaga,